Lectura N° 6
http://fox.presidencia.gob.mx/mexico/sabiasque/?contenido=22376&pagina=3
Con último acceso el 30 VI 10

Sabías que...

La virgen en pie de guerra

Jueves, 8 de Diciembre de 2005

Alejandro Rosas / Historiador.

Ambas eran madre de Dios. En dos de sus advocaciones, la virgen tenía miles de fieles que desde el siglo XVI se habían rendido ante sus milagrosas intercesiones. El pueblo, los indios y los mestizos, se veían reflejados en la virgen morena. Los españoles admiraban la tez rosada de la virgen a quien atribuían el triunfo de Cortés en 1521. La primera era la Guadalupana, a la segunda le llamaban de los Remedios. Los santuarios de ambas se erigían sobre elevaciones naturales que coronaban el valle de México y por años sus historias mezclaron la armonía de la devoción popular, el tañir de campanas y las fastuosas procesiones de la capital novohispana, hasta que la guerra de independencia las enfrentó como abanderadas de insurgentes y realistas, sometiendo a una prueba de fe su intercesión divina.

*** * ***

Hacia 1810, la imagen de la virgen de Guadalupe era la más venerada de toda la Nueva España y la mayoría de sus habitantes eran fervorosamente guadalupanos. Desde 1531, la historia que refería la aparición de la madre de Dios en el cerro donde los aztecas veneraban a la diosa Tonantzin --“nuestra madrecita”-- no tenía lugar a dudas; era aceptada y respetada por todos los estratos sociales.

No era un azar que --según la tradición-- la virgen se hubiera mostrado ante un humilde indio como era Juan Diego; era una señal divina que hacía del reino de la Nueva España un pueblo “elegido”. A mediados del siglo XVIII, el jesuita Juan Antonio de Oviedo sostenía que la aparición de la Virgen, por sí misma, había dejado una prueba irrefutable de su milagroso poder:

“Con haber santificado con el sagrado contacto de sus pies la Santísima Virgen aquel cerro, se acabó del todo la adoración de aquel ídolo diabólico [la diosa Tonantzin], y de todos los contornos de México se ha desterrado la idolatría”.

Existían pruebas suficientes para demostrar que Dios había enviado a su madre a conquistar la fe de la América Septentrional. “En más de doscientos... no se ha visto jamás en ella endemoniado alguno, de cuyo cuerpo tenga el demonio posesión: trabajo que se padece muy ordinario en todo el resto del mundo”. Su fama se conocía allende el mar. La tradición refería el caso de un europeo que sintiéndose poseído por un espíritu maligno había aliviado el mal de su alma al pisar tierras novohispanas. Otra historia aseguraba que el manto de la Guadalupana era tan poderoso como para librar a la Nueva España de la peste que asolaba con frecuencia a Europa y si bien otras epidemias habían diezmado a la población en América, nunca fueron tan graves como los cientos de miles de vidas que la peste cobró en el viejo continente.

La imagen de la virgen morena se ganó rápidamente el corazón de la mayoría de los novohispanos, sobre todo de aquellos que habían nacido ya en territorio americano o cuyos antepasados tenían siglos de habitar en él. La devoción se desarrolló de manera natural y fue en aumento desde 1531, pero no fue sino hasta el 27 de abril de 1737 --probablemente por razones políticas-- cuando se le declaró patrona de la ciudad de México. Diez años más tarde ya lo era de toda la Nueva España.

Desde su aparición en 1531, la historia de la virgen de Guadalupe giró básicamente alrededor de su festividad, milagros, y procesiones. Pero en 1794 a sus páginas se agregó un pasaje curioso que en su momento escandalizó a la jerarquía eclesiástica y a más de un devoto. En su sermón guadalupano correspondiente al año de 1794, fray Servando Teresa de Mier expuso su visión de la aparición de la virgen –que no era otra que la sostenida por el nacionalismo criollo de la segunda mitad del siglo XVIII.

Fray Servando no negaba el milagro guadalupano pero lo situaba siglos antes de 1531, en las primeras décadas de la era cristiana. Su premisa inicial sostenía que la "imagen de nuestra señora de Guadalupe" no estaba pintada en la tilma o ayate de Juan Diego, sino en la capa de Santo Tomás apóstol, que llevando la palabra de Dios hasta los confines del mundo había llegado al continente Americano. Hacia el año 44 de nuestra era, los indios veneraban la imagen en el cerro de Tenayuca en donde Santo Tomás la había colocado, pero varios infieles renegaron de la fe cristiana y atentaron contra la imagen guadalupana. Para protegerla, el apóstol la escondió y diez años después de la conquista, la virgen se apareció frente a Juan Diego, le mostró la capa de Santo Tomás y le ordenó que la llevara ante fray Juan de Zumárraga. El resto de la historia era de todos conocida.

A la jerarquía eclesiástica presente en el evento, pareció una historia absurda, propia de un enemigo de la religión y de la virgen; razones demás para desterrarlo de la Nueva España. Sin embargo, su trasfondo era claramente político: si la conquista y dominación española se había justificado en nombre de la evangelización, al aceptarse la explicación de fray Servando de que tiempo antes de la llegada de los conquistadores los indios ya conocían el cristianismo, la conquista quedaba sin legitimación moral, legal y espiritual.

El famoso sermón era un indicativo de lo que sucedía en los últimos años del siglo XVIII en la capital de la Nueva España. Los criollos que por generaciones habían nacido en territorio Americano, comenzaban a reivindicar elementos que podían constituir a la patria mexicana criolla: territorio común, historia compartida desde 1521, cultura, y religión. Por sobre todos aquellos elementos, se levantaba la devoción por de Guadalupe, aparecida en tierras mexicanas y a los propios mexicanos --“con ninguna otra nación hizo nada igual”--. A partir de entonces, y sólo por algunos años, a los ojos de los criollos que iniciarían la independencia, la guadalupana, sería la virgen de los nacidos en el territorio de la Nueva España y por tanto, bandera de los insurgentes. Era la reivindicación de una Patria por nacer.

*** * ***

Al momento de iniciar la guerra de independencia, la virgen de los Remedios tenía una clara ventaja sobre la Guadalupana: experiencia en combate. Su historia era épica. Según cuenta la tradición, Juan Rodríguez de Villafuerte, uno de los hombres de Hernán Cortés, trajo a territorio americano una imagen de la virgen de los Remedios “para su consuelo”. Era un regalo de su hermano que al entregársela le había dicho “que tuviera en ella mucha confianza, porque a él le había librado de grandes peligros en las batallas en que se había hallado y esperaba que le sucediera lo mismo en el Nuevo Mundo”.

Al llegar a la capital del imperio azteca, Cortés ordenó a Villafuerte que colocara la imagen de la virgen de los Remedios, en un altar del templo mayor donde solían efectuarse los sacrificios humanos. Ahí fue expuesta por algunas semanas hasta que estalló la guerra y no se supo nada más de la pequeña imagen labrada en madera.

Durante la derrota de "la Noche Triste" el 30 de junio de 1520, Cortés tuvo que retirarse precipitadamente de México-Tenochtitlan. La escena, según cuentan los cronistas, fue espantosa: mientras intentaban huir por la calzada de Tlacopan (Tacuba), muchos de los españoles habían caído prisioneros y podía divisarse cómo eran sacrificados por los aztecas. Exhausto y desmoralizado, el conquistador y sus hombres llegaron a un pequeño monte delante del pueblo de Tlacopan y decidieron pernoctar en ese lugar. La virgen se apareció acompañada, según se refiere, por Santiago --patrón de las Españas-- y los abatidos conquistadores encontraron un remanso de paz, confiando en que la madre de Dios los conduciría a la victoria definitiva. Un año después, caía México-Tenochtitlan.

Hacia 1540, un indio cacique de nombre Juan de Águila, caminaba por los parajes cercanos al pueblo de Tacuba y vio a la Señora en el cielo “que con voz sensible le decía: *Hijo búscame en ese pueblo*”. Poco tiempo después, debajo de un maguey, don Juan de Águila encontró la vieja estatuilla de madera, que desde 1520 había desaparecido. Hacia 1575 su templo estaba concluido y su imagen era venerada.

La gente recurría a la virgen de los Remedios “en las faltas de lluvias a su tiempo, en las epidemias de tabardillos, sarampiones y otras semejantes”. Durante años su imagen recorrió la calzada México-Tacuba para proteger al pueblo de las terribles epidemias, inundaciones o temblores que de vez en cuando recordaban a los habitantes de la ciudad que la naturaleza

no tenía credo religioso. En vistosas y multitudinarias procesiones, las autoridades eclesiásticas y civiles --incluyendo al propio virrey-- trasladaban a la Virgen desde su santuario en las garitas de la ciudad para colocarla durante meses en la Catedral de la Ciudad de México.

Cuando las calamidades no cedían, ni siquiera con la intercesión de la virgen de los Remedios, las autoridades recurrían a la imagen guadalupana como último recurso, lo cual no dejaba de causar cierto malestar entre el pueblo, pues era un insulto recurrir a la virgen morena como segunda opción -aunque finalmente imperaba la alegría cuando la gente podía observar muy de cerca a la Guadalupana al frente de una procesión. Alexander von Humboldt percibió la rivalidad entre ambos grupos de fieles:

“El espíritu de partido que reina entre los criollos y los gachupines, da un matiz particular a la devoción. la gente común, criolla e india, ve con sentimiento que, en las épocas de grandes sequeades, el arzobispo haga traer con preferencia a México la imagen de la Virgen de los Remedios. De ahí aquel proverbio que tan bien caracteriza el odio mutuo de las castas: *hasta el agua nos debe venir de la gachupina*. Si a pesar de la mansión de la Virgen de los Remedios, continúa la sequía... el arzobispo permite a los indios que vayan a buscar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe”.

*** * ***

Cuando el cura Hidalgo decidió tomar el estandarte de la Virgen de Guadalupe como bandera de la lucha que emprendía en septiembre de 1810 le dio un sentido religioso a la guerra de independencia. No era imposible imaginar la respuesta popular: el cura fue visto entonces como un hombre ungido por la divinidad para liberar al pueblo oprimido.

Durante los once años que duró la guerra, la Guadalupana ocupó un lugar fundamental para la causa insurgente. Hidalgo había tomado el estandarte otorgándole a la lucha un carácter sagrado. Cargaba siempre consigo, entre sus ropas una imagen de la virgen morena. En los *Sentimientos de la Nación*, Morelos propuso que la celebración oficial de la “patrona de nuestra libertad” fuera el 12 de diciembre. Los miembros de una sociedad secreta que trabajaba en favor de la independencia desde la ciudad de México adoptó el nombre de los Guadalupes. Los guerrilleros de Pedro Moreno portaban en sus sombreros estampas de la señora del Tepeyac y uno de los jefes insurgentes que resistió hasta el final, Manuel Fernández Félix, adoptó su sagrado nombre creyendo fervorosamente en su intercesión para el triunfo final. El era Guadalupe Victoria.

La respuesta española fue inmediata. De poder a poder, el virrey Francisco Xavier Venegas mandó por la imagen de la virgen de los Remedios para resguardarla de los insurgentes, pero sobre todo para enarbolarla como bandera de los ejércitos realistas. El virrey se veía asimismo como Cortés siglos atrás: ante una situación que parecía irremediable, la virgen de los Remedios había acompañado al conquistador hasta el triunfo. Tres siglos después ¿sucedería lo mismo?

Las medidas del virrey llegaron demasiado lejos. A la virgen de los Remedios se le dio grado militar y desde entonces se le conoció como "la generala". Las monjas del convento

de San Jerónimo la vistieron con los blasones y la banda correspondiente y el niño Jesús -- que cargaba en sus brazos-- también fue vestido según la usanza. En procesión, la madre de Dios, recorrió la ciudad de México, mostrando su bastón de mando en una de sus manos y podía observarse a su pequeño hijo portando un sable. La Virgen y su hijo Jesucristo, en pie de guerra.

Una vez finalizados los actos públicos, la virgen fue colocada en el altar principal de la Catedral de México. En aquel santo lugar, su función era doble. Una espiritual: dar consuelo a los fieles, recibir ofrendas, exvotos o limosnas. La otra era muy humana: delatar insurgentes. De todos era sabido que los revolucionarios eran guadalupanos. Aquellas personas que luego de escuchar misa en Catedral no hicieran la reverencia correspondiente ante la virgen de los Remedios, seguramente lo hacían ante la Guadalupana, por tanto eran insurgentes. De ese modo, mucha gente fue falsamente acusada de rebeldía. Las autoridades no repararon, que más allá de la vanalidad de las cosas del mundo terrenal, había gente que de buena fe, mostraba su devoción a una u otra virgen sin tomar partido por alguna causa política.

Al final triunfó la causa insurgente y la virgen de Guadalupe. No en términos religiosos, ni porque fuera mayor la devoción del pueblo por ella. Venció porque era un símbolo de unidad. Un elemento que conjuntaba a todos aquellos que se consideraban pertenecientes al mismo terruño. Aquellos que veían la historia desde 1521 como algo común a todos. La Guadalupana era una virgen innegablemente mexicana. Con la consumación de la independencia en 1821, llegó la reconciliación de ambas advocaciones a los ojos de los mexicanos. La "Morena" y la "Generala" compartirían un futuro común en un nuevo país que iniciaba su andar en la historia.